

30 DÍAS

O diario de una inmersión enloquecida en el mundo de la moda, alta costura incluida.

POR CARLOS PUIG

El proceso de deterioro físico al que llegué en la alta costura parisina empezó con la inauguración de la tienda Saint Laurent en el paseo de Gracia y la fantástica fiesta que Jordi Labanda organizó en la suite 19, en Barcelona. Todo empezó aquel día.

Desde aquel lejano jueves de junio, no he parado. El día en que llegué al desfile de Christian Lacroix, a las cinco de la tarde, no me lo podía creer. Treinta días de trabajo, intensos, llenos de proyectos y nuevas ideas... Pero con viajes y demasiados festivos.

Llegué de París con resaca, evidentemente. Estuve celebrando el cumpleaños de Karen Mulder, con Jean Yves Le Fur y mi amiga Alexandra Senes, directora de Jalouse. Demasiado foie y demasiados famosos. Me fui a Elda unos días (servidor también es diseñador de zapatos), y de vuelta en Barcelona; Gaudí Novias empezaba. Divertido, muy divertido. Pero yo seguía cansado y con horas de sueño de retraso.

La misma noche, Jordi Labanda ilustró en directo un panel de cristal en la tienda Vuitton del paseo de Gracia para celebrar el 150 aniversario de la marca, en asociación con Marie Claire.

Vanesa Lorenzo, Boris Izaguirre, Álex de la Nuez, Martina Klein... sólo caras conocidas entre copa y copa de champán. Se volvió a liar la noche.

Volví a París. Destrozado. La inauguración de la exposición de Guy Bourdin en el Jeu de Paume, la fiesta que Barbara Bui organizaba en su tienda de la avenida Montaigne para presentar su nuevo perfume y mi fiesta de cumpleaños, me dejaron en un estado físico e intelectual francamente patético. Pero

los desfiles de moda masculina empezaban, y, con ellos, la llegada de chicos guapos a la ciudad, Andrés Velencoso, John, Chris Martin, Enrique Palacios.... Y yo hacía adelante.

Cada vez se celebran menos desfiles de alta costura en París. Emanuel Ungaro y Givenchy no desfilaron, Hanae Mori lo hacía por última vez... Fue perfecto, ya que creo que no hubiese podido escribir este artículo ni acabar la semana. Como siempre, John Galliano abrió el calendario oficial haciendo desfilar imposibles reinas de siglos pasados que dejaron sin habla a Elisabeth Hurley y a Marisa Berenson, entre otras.

Pasé el día con Silvia Alexandrowitch, nuestra directora de moda «en funciones». Corriendo todo el día, riendo, trabajando... Fuimos juntos a la inauguración de la nueva tienda Christian Dior en la rue Royale. Probé las nuevas colonias de Hedi Slimane. «Eau Noire» es mi perfume», pensé al olerla, hasta que todos me dijeron que olía como Hedi. Saliendo de la fiesta, y tras besar a Carmen Martínez-Bordiú, decidí que no quería oler igual que Hedi.

Esa noche fue una de las pocas tranquilas. Después del desfile de Valentino, cené con el equipo de Marie Claire. Después de cenar los invité al Mathi's a tomar una copa. Lo más de París. Copa que pudo convertirse en fatalidad, ya que Stefano, el nuevo director artístico de Yves Saint Laurent, celebraba la presentación de sus primeras colecciones masculina y femenina. Me escapé, ya que no hubiese llegado nunca a Chanel a las 10 de la mañana. Me hubiese perdido uno de los mejores desfiles de la semana. No hubiese visto la maravillosa colección Crucero de Saint Laurent. No habría llegado a ver las nuevas maletas Louis Vuitton. No habría asistido al maravi-

"DADME LO SUPERFLUO, QUE LO NECESARIO, TODOS PUEDEN TENERLO."



En el sentido de las agujas del reloj, arriba: Jordi Labanda con Almudena Roca y Vanesa Lorenzo; Silvia Alexandrowitch y Manolo Blahnik, en Dior; Carlos Puig y Nieves Álvarez, y, a la izda., el bello Andrés Velencoso; Carlos con Gianbattista Valli, de Pronovias; Marisa Berenson, en Dior.

lloso desfile de Lacroix, a su gran lección de buen gusto y «savoir-faire».

Hice bien en escaparme, ya que me quedó energía para ver las joyas de Vuitton por la tarde, cenar con Nieves, Almudena, Marco... en el restaurante Kong, y acabar en el bar del Plaza Athenée con Chris Martin y Val Kilmer en una fiesta. Al día siguiente, Gaultier, a las 12 de la mañana y casi sin dormir. Pero lo suficiente para descubrir unas amazonas parisinas, elegantes y guerreras, charlar con Lou Doillon y ver a la Deneuve al lado de un Val Kilmer de resaca.

De madrugada en mi cama, agotado e insomne tras esta locura de moda que duró 30 días, pensaba en lo afortunado que soy, y en Oscar Wilde cuando decía: «A mi dadme lo superfluo, que lo necesario todo el mundo puede tenerlo».